

y sentado Morelos en un banquillo sin respaldo frente al dosel del tribunal, uno de los secretarios leyó el proceso que comprendía la confesion con cargos.

Terminada la lectura de la causa, dispuso el inquisidor decano que el reo abjurara sus errores é hiciera la protesta de fé, observando en la reconciliacion el ceremonial de la iglesia, recibiendo el prisionero de rodillas azotes con varas, dadas por los ministros del tribunal, mientras se rezaba el «Misere,» y en seguida se dijo la misa rezada con asistencia del mismo reo. Luego se procedió á la degradacion teniendo que atravesar Morelos de un extremo á otro de la sala con sambenito y vela verde, acompañándole algunos familiares del Santo Oficio; bajos los ojos y con paso mesurado se dirigió al altar, donde leída la sentencia por un secretario, se le revistió con los ornamentos sacerdotales de que le despojó el obispo de Oaxaca, segun el ceremonial de la iglesia; aquel acto conmovió á todos y únicamente Morelos permaneció sereno, no se inmutó y tan solo algunas lágrimas furtivas rodaron por sus mejillas, cuando le restregaron las manos. Concluida la degradacion, que por primera vez tenia lugar en México, fué entregado al poder militar que consumó su obra. El coronel Concha fué comisionado por el virey para formar el proceso, siendo el reo trasladado á la Ciudadela, donde estuvo con grillos y centinela de vista, custodiándole doscientos soldados del regimiento de Tlaxcala; practicáronse varias diligencias hasta el 1º de Diciembre, á nadie comprometió Morelos, que sostuvo siempre no haber hecho la guerra directa al rey, formó una minuciosa relacion de los hombres y recursos con que contaba la revolucion y aun ofreció formar un plan de las medidas que al gobierno le convendría tomar para la pacificacion; se le concedió el que hiciera ejercicios espirituales, formando capilla en la pieza de su prision, aplazando tambien el virey darle la muerte hasta que se sometieran los insurgentes que aun hostilizaban al gobierno.

El auditor Bataller habia pedido desde el 28 de Noviembre que el reo fuera fusilado por detras como traidor al rey, que se le amputara la cabeza para colocarla en la plaza de México, y la mano derecha en Oaxaca, y que se le confiscaran los bienes. Hasta el 20 de Diciembre condenó el virey á Morelos, de conformidad con el dictámen del auditor, á la pena capital; pero atendiendo á ciertas consideraciones, dispuso que la ejecucion fuera en el exterior de la capital; y que no sufriera el cuerpo amputacion de ninguna clase, y entonces se dió un nuevo indulto sin restriccion alguna. Concha intimó la sentencia al reo el 21 haciendo que la oyera de rodillas, é hizo llamar al cura Guerrero y otros eclesiásticos para disponerlo á morir; aunque se le dijo que la sentencia seria ejecutada á los tres dias, ese gefe le hizo poner en su coche el siguiente dia 22 á las seis de la mañana, con el P. Salazar y un oficial, y escoltándolo la division de su mando tomaron el camino de la villa de Guadalupe. «Morelos iba rezando diversas oraciones y en especial los salmos «Miserere y De Profundis» que sabia de memoria; su fervor se encendia en cada plazuela que atravesaban de las varias que hay en el tránsito, creyendo que en alguna de ellas iba á ejecutarse la sentencia, y manifestaba mucho deseo de padecer en este mundo, temeroso de las penas del Purgatorio, aunque confiaba en la misericordia de Dios que sus pecados habrian sido perdonados. Al llegar á Guadalupe, quiso ponerse de rodillas, lo que hizo no obstante el estorbárselo los grillos, y habiéndose detenido el coche cerca de la capilla del Pozito, Morelos dijo con serenidad al P. Salazar: «aquí me van á sacar; vamos á morir.» Aun no era el lugar, pues solamente se desayunó y siguieron hasta San Cristóbal Ecatepec, pueblecillo de indígenas oculto entre montes de tierra salitrosa; ahí fué colocado en un cuarto

donde se guardaba la paja y tomó una taza de caldo; rezaba los salmos penitenciales, cuando el sonido de los tambores le anunció que estaban próximos sus últimos momentos; reconciliado con el P. Salazar, se quitó el capote que llevaba, se vendó él mismo los ojos con un pañuelo blanco y atados los brazos con los porta-fusiles de dos soldados que lo conducian, aumentando los grillos su dificultad para andar, fué llevado al recinto exterior del edificio, y habiendo oido que el oficial que mandaba la escolta, haciendo una señal en el suelo con la espada, dijo á los soldados «hínquenlo aquí,» preguntó: «¿aquí me he de hincar?» le contestó el P. Salazar, «sí, aquí; haga vd. cuenta que aquí fué nuestra redencion,» y puesto de rodillas y á la voz del oficial atravesaron cuatro balas por la espalda al hombre más extraordinario que tuvo nuestra revolucion por la independencia, y como todavía se movia y quejaba, otras cuatro balas acabaron de extinguir su existencia quedando inmóvil en un lago de sangre.

Levantado el cadáver por el P. Salazar, le hizo vestir con el mismo capote que Morelos se habia quitado para el acto de la ejecucion, y lo enterró en la parroquia del mismo pueblo, á las cuatro de la tarde, en tanto que en México se publicaba un indulto amplísimo concedido por el virey, y varias noticias favorables á los realistas que cobraron alientos, pues aunque la reputacion de Morelos habia decaido despues de las derrotas de Valladolid y Puruarán, todavía no se habia acabado la nombradía que ganara, como lo probaron el ansia general de verlo y conocerlo y la importancia que dió el gobierno á todas las incidentes del proceso. Tenia Morelos cuerpo pequeño, lleno de carnes, rostro moreno, sus ojos eran de color oscuro y las cejas muy pobladas y unidas, su mirada era viva y profunda; grave y sañudo su aspecto y de carácter frio, no señalaba los afectos de su alma ni aun se inmutaba en los lances más difíciles de la vida. Modesto y de gran penetracion, sabia conocer á los hombres y emplearlos en los ejercicios para que eran aptos; reservado y astuto no confiaba sus planes hasta el momento de ejecutarlos, y á falta de grandes conocimientos poseia ingenio, agudeza y muchas dotes naturales. Era ameno en su conversacion, salpicándola con chistes y cuentecillos graciosos.

Vivió y murió pobre: hubo vez en que tuviera que vender sus vestidos para el pago de las tropas, y en la revolucion perdió los pocos bienes que le habian quedado. Apoyado en sus convicciones marchó abiertamente al logro de la independencia; seguro de que estaba en su derecho al usar de represalias, fusilaba calculadamente á los gefes realistas que caian en su poder, y firmé en sus ideas religiosas se presentaba con toda tranquilidad en el mayor peligro cuando se habia dispuesto como católico. En su escritura se reflejó su primera educacion: redactaba de una manera descuidada, usaba frases vulgares, palabras de campesinos y latinas, ponía textos de la Escritura en las banderas de sus tropas y daba nombres de santos á los regimientos; su apetito se aumentaba en el peligro; muy afecto á las pistolas llevaba siempre consigo varios pares de ellas, y comunmente usaba un pañuelo amarrado á la cabeza para evitar los dolores, ó una montera negra para resguardarse del aire. Fué hijo amante, hermano cariñoso y cumplido patriota. Verificada la Independencia fué declarado benemérito de la Patria y colocados sus restos mortales en la Catedral de México, al lado de los de los otros héroes, que son nuestro noble orgullo. Recordémosles siempre para no perder el precioso legado que nos dejaron y sirvan de modelo á nuestro civismo, y de estímulo para imitarlos en cualquier caso en que nuestra patria se vea amenazada por los extranjeros.

A MORELOS.

EN SU SALIDA DE CUAUTLA.

(Tomado del CUADRO HISTORICO de Bustamante.)

ODA.

Insólito calor mi pecho inflama:
Siento en el alma desusado brío:
Con imperiosa voz la cara patria
Cantar me manda sus heroicos hijos,
Y el divino valor, y el arte sumo
Con que á sus sangrientos enemigos,
En lid tan desigual vencer supieron
Legando asombro á los futuros siglos.
¡Sombras amigas, tenebrosa noche,
Madre del sueño, y del sabroso olvido,
Que á la creacion reparas descaecida,
Y eres á la fatiga único alivio!
¡Cuando los tigres y alimañas yacen
Bajo tu cetro de ébano adormidos,
El hombre solo, con el ojo atento,
Persigue al hombre; ni el menor resquicio
De esperanza ó de bien dejarle quieren
Su inmortal rabia y odio vengativo!
¡Oh noche! Torna los brillantes ojos
Al desolado Anáhuac, mira el sitio
Do un puñado de bravos invencibles
Resiste del Averno el poderío,
Cansa miles de crueles, y supera
Su furor, sus ardidés, y sus tiros,
Superior á la muerte que en mil formas
Le presentan el tiempo y su enemigo,
Sin dejarle momento de descanso,
Ni entre ignominia ó muerte algun partido.
¡Qué, se rindieron ya? ¡La peste acaso,
La hambre, la sed, y el número infinito
De balas y de males que contra ellos
Setenta dias, y más, le han dirigido
La encruciecida suerte, y atroz bando
De viles y pagados asesinos,
Hundieron la esperanza de la patria,
Su único apoyo en el sepulcro frio?
Alto silencio en los espesos bosques;
Alto en los montes, en el valle y rio;
Hasta los vientos el aliento penan,
Nada se mueve, nada. ¡Oh caos antiguo!
El génio del pavor en negra nube,
Sobre los labios puesto el dedo frio,
Abre los ojos más y más, y en vano
Busca cuerpo en las sombras, ó algun ruido,
Su atenta oreja, que otro no percibe
Que de su pecho el desigual latido.
¡Ay de Morelos! ¡Ay de la aguerrida
Gente que en mil encuentros sostenidos
De honor llenaron á la cara patria,
Su sien ornando del laurel divino!
Cuautila termina sus heroicas vidas;
Cuautila sepulta su valor invicto.
¡Júbilo cuanto para el bando opuesto!

¡Cuánto placer á su feroz caudillo!
Ellos locos dirán: "no se rindieron,
Más de nuestro valor víctima han sido."
No así, no así: mil bocas infernales
Con espantable horrisono estallido,
Lanzan á un tiempo silbadoras balas,
El valle atruenan con letales ruidos,
Y con pálidas luces sucesivas
Más horrorosos tornan los sombríos;
¡Oh loco delirar, vana soberbia,
Que el patriótico esfuerzo has combatido,
Y con inmunda boca saboreabas
De antemano sus últimos residuos!
Mira al héroe de Anáhuac y á sus huestes
Mayores más en el mayor peligro;
Jamás domados, y medrosos nunca,
Con ardor marchan, y Mavorte mismo
Al héroe lleva de la diestra mano
Y guía á los suyos con potente auxilio.
¡Do las trincheras en que tanto fiabas
Y los aprestos del porfiado sitio?
¡Qué te valieron las espesas bandas
De fanáticos crueles y malignos
Que una vez y otra derrotadas antes
Aun te eran compañeros en delirio;
Ni posible siquiera imaginaron
Tan heroico valor, y alto designio?
Por donde más el enemigo astuto
Habia agregado estorbos esquisitos,
Al arte fatigando, y á los suyos
Y puesto de sus tropas lo escogido:
Por allí rompe el héroe valeroso
Y dá á sus gentes cómodo camino.
En vano, en vano perseguirle quieren
O perturbar la marcha que ha emprendido,
Por buscar solo á su querida gente
Contra la hambre y la peste, grato asilo.
¡Ay del que osado se acereare un tanto!
¡Ay de los más resueltos y atrevidos!
Todos se encuentran, aunque honrosamente
De nuestros héroes en los duros filos;
Y cual los gozques que al mastin persiguen,
Si á ellos torna una vez, despavoridos
Toman la huida, y aun á gran distancia
Del can robusto temen los colmillos;
Así medrosos tras de intentos caros,
Se tornan los realistas confundidos.
¡Salve mil veces, noche venturosa
Que al héroe disteis amigable abrigo!
Gózate, ó Patria, de los héroes cuna,
Viendo ya salvos á los más queridos:
Hoy tu sien orna su mayor hazafia.
En su loor suenen, inmortales himnos.